

PERMISO, SOY MAÍA



ilustraciones / Leonardo Arias



Héctor García Blanco
Emilio Ferrero

Nervios.

Nervios y miedito.

Nervios y miedito me daba mi nuevo colegio cuando yo era chica.

Recuerdo que todos los días, al acercarme a aquel enorme caserón que ocupaba más de una manzana, pensaba: “Cada mañana la escuela abre su boca y desayuna a los cientos de chicos que entramos por su puerta. ¿Qué gusto tendremos?”.

Eso me preguntaba cuando era chica y me acercaba al colegio.

No es que ahora sea muy grande, claro. Pero yo les estoy hablando de cuando era chica-chica, de cuando iba a la escuela primaria.

Por cierto, me llamo Maia.

¿Y por qué me daba ese miedito todos los días? Casi seguro que porque me había cambiado de colegio y era mi primer año en la antigua casona. Tenía pocos amigos y, en cambio, había decenas y decenas y decenas de maestros.

Tal vez fue por eso que no me sorprendí cuando cierta mañana, uno de esos tantos maestros desconocidos me dijo: “Maia, busca la Dirección”. Y sin explicarme dónde estaba la Dirección, desapareció dentro del cole.

¿Estaba arriba?, ¿en el primer pasillo a la izquierda?, ¿en el último a la derecha?, ¿en el subsuelo? Y mucho más importante aún: ¿qué había hecho yo de malo para que me mandaran a la Dirección?

Sólo recuerdo frente a mí puertas y más puertas. Todas parecidas, todas anónimas; todas puertas.

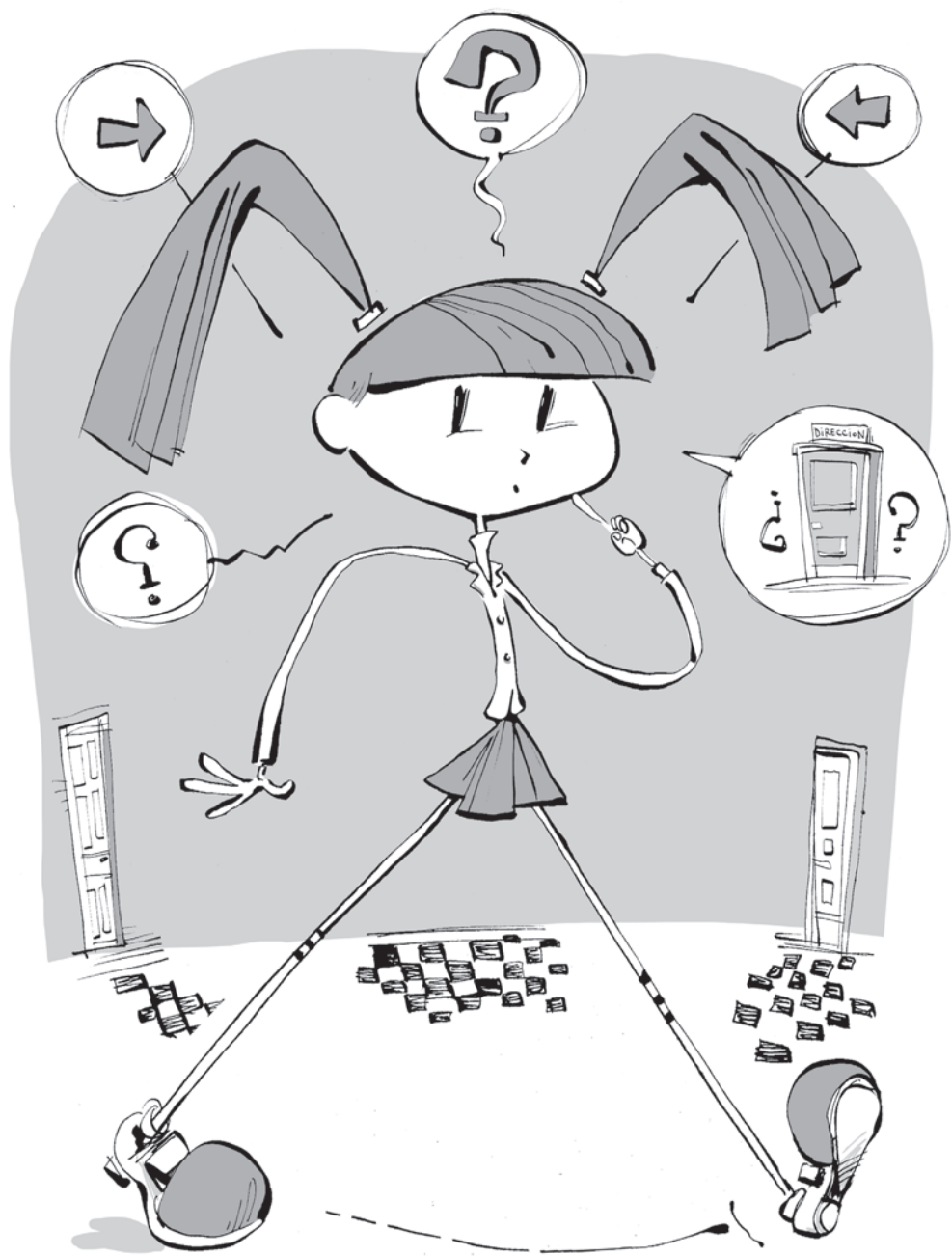
Como no está bien hacer esperar a nadie, y mucho menos a la directora, supuse que cuanto antes comenzara a caminar, mejor.

Hoy, aquí y ahora, frente a ustedes, vuelvo a suspirar tan profundo como lo hice aquella mañana, cuando comencé a buscar la Dirección y abrí la primera puerta.

—Permiso, soy Maia.

—¡Shhhhhhhh!

—Ups, perdón.



—¡Silencio, alumna! ¿¡No ve, acaso, que estamos en medio de una obra de teatro, y que en media hora tenemos que resolver esta escena!? —me preguntó la señorita de Artes Teatrales, joven, linda y elegante.

—Perdón —repetí yo, tratando de que la “r” sonara poquito y que la tilde no hiciera ruido.

El aula no era un aula, porque habían sacado todos los pupitres y sólo quedaba un pizarrón grande en el fondo. En el pizarrón habían dibujado la escenografía de la obra, que en este caso era la del rumano conde Drácula. A la izquierda se veían varios montes tenebrosos con una luna llena, en el centro se alzaba el castillo, y a la derecha se habían olvidado de borrar la conjugación del verbo “beber” en pretérito imperfecto del indicativo, lo cual le restaba bastante misterio a la escena. La maestra dejó de retarme a mí y empezó a retar al conde:

—¡Que entre el conde Drácula, que entre el conde Drácula!

Pero el conde no entraba.

—¿¡Se puede saber qué le pasa al tonto del conde!? —estalló la señorita joven, linda y elegante.

En ese momento entraron mis amigos Fidel y Lolo, los dos vestidos de conde y tironeando de una estaca.

—¡Mía! ¡Yo soy Drácula! —decía Fidel.

—¿Vos Drácula? ¡No me hagas reír! ¡Vos no podés ver sangre ni en una rodilla raspada! —argumentaba Lolo.

—¡¡¡Basta!!! —gritó la maestra, que a esta altura tenía un aspecto mucho más terrorífico que los dos Dráculas juntos.

Como ninguno de los dos chicos soltó la estaca (supongo que un poco para retener el papel principal, y otro poco para defenderse de la profe), la maestra me miró y me dijo:

—Alumna, ya que interrumpió nuestra clase, ¿podría decirnos cuál de sus dos compañeros es más apto para el rol protagónico?

La verdad, los dos daban un poquito de pena. Fidel arrastraba la capa y se adivinaba un seguro tropiezo antes de llegar a su sarcófago. Lolo se había puesto gel en el pelo, pero con el peinado aplastado se parecía más a un presidente del siglo pasado que a un temible vampiro.



Maia es una alumna de primaria a quien acaban de cambiar de escuela. Es su primer año en esa enorme casona, su nuevo colegio.

Maia nos relata: “En mis primeros días de clase, cierta mañana, uno de esos tantos maestros desconocidos me dijo: ‘Maia, buscá la Dirección’. Y sin explicarme dónde estaba, desapareció dentro del cole.

¿Estaba arriba?, ¿en el primer pasillo a la izquierda?, ¿en el último a la derecha?, ¿en el subsuelo? Y mucho más importante aún: ¿qué había hecho yo de malo para que me mandaran a la Dirección? Sólo recuerdo frente a mí puertas y más puertas. Todas parecidas, todas anónimas; todas puertas. Y detrás de cada puerta ante mi saludo ‘Permiso, soy Maia’ me esperaba una insólita y desopilante respuesta...”

Para disfrutar con los niños luego de la lectura,
improvisando distintas situaciones de “abrir la puerta y ver qué hay”. Un niño sale del aula y el resto prepara una situación disparatada de sorpresa. La que más le guste, la pueden guionar y preparar un acto para compartir en la escuela.

—Honestamente, ninguno —respondí en un susurro—. Los dos usan ortodoncia, y un Drácula con frenos de colores en lugar de colmillos me suena poco serio —agregué.

Lolo y Fidel, evidentemente insensibles a una crítica objetiva y bastante fundamentada, dejaron de apuntar la estaca hacia la maestra y empezaron a agitarla frente a mi nariz.

—¡Ahhhh, la señorita es una perfeccionista! ¿Querés que saque pasaporte rumano, nena? —preguntó uno.

—¿Querés que me muera acá mismo porque mi mamá le puso ajo al pollo de ayer a la noche? —preguntó el otro.

Por suerte, la maestra suspendió tanto interrogatorio agresivo con otro de sus gritos:

—¡¡¡Se callan!!! Vamos a hacer una cosa: Fidel y Lolo, de a uno, van a interpretar a Drácula con la ayuda de la alumna. Vos, nena, sos una dulce campesina que toca el timbre del castillo y preguntás por...

—No me parece históricamente correcto que toque el timbre —interrumpí yo—. Dudo mucho que a fines

del siglo XIX se hubieran instalado portero-visores en la puerta del castillos, por lo que...

—Gritá, tirá bengalas, mandá un tuit o anunciáte por Facebook...—interrumpió ella—, ¡hacé lo que te parezca, pero quiero que seas una dulce campesina que llega al castillo de Drácula! —agregó, furiosa, escupiendo un poco al pronunciar la “p” de “campesina”. Estuve a punto de preguntarle si coincidíamos en el significado de “dulce”, pero no.

Puse cara de quien llega a un castillo y pedí hablar con Drácula:

—Muy buenas tardes. Paseaba por Transilvania y se me ocurrió que alguien podía morderme el cuello. ¿Se encuentra el conde, por casualidad?

Ni Fidel ni Lolo supieron apreciar mi falta de compromiso interpretativo ni mi desgano. Por el contrario, ambos se acercaron con cara de malos, gruñendo y tirando zarpazos al aire, como si el pobre Drácula hubiese tenido un abuelo gato.

—¡Reza por tu alma, pobre muchacha indefensa! —me dijo uno.